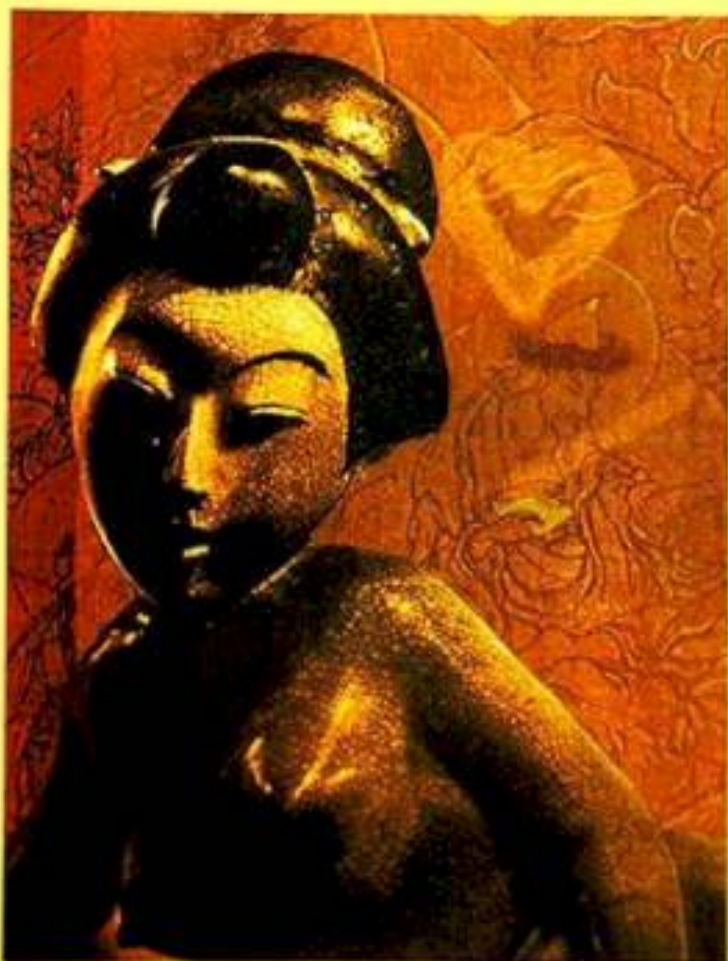


YASUSHI INOUÉ

---

*La escopeta  
de caza*



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

**ESCOPETA DE CAZA**

**YASUSHI INOUÉ**

Traducción de Javier Albiñana

Con la colaboración de Yuna Alier

La escopeta de caza es una pequeña obra maestra de uno de los mejores escritores japoneses del siglo. Fue galardonada con el Premio Akutagawa, el más importante galardón de su país. En ella se relata la historia de la relación adúltera entre un hombre casado, Josuké, y una mujer divorciada, en tres cartas dirigidas a Josuké que ha leído el diario de su madre y que, por tanto, sabe su secreto y las causas de su muerte. En la segunda, la mujer legítima explica las razones por las que ha decidido abandonarle. La tercera carta es la escrita por la amante antes de su suicidio. En el centro, omnipresente, el hombre solitario con su escopeta de caza. De carta en carta, de sorpresa en sorpresa, el lector descubrirá los diferentes aspectos de la tragedia, en esta novela, a la vez apasionada y glacial, de una extraordinaria intensidad.

Traductor: Albiñana Serain, Javier

Autor: Yasushi Inoué

©1988, Anagrama

Colección: Panorama de narrativas, 122

ISBN: 9788433931221

*Título de la edición original:*

*Ryoju*

*Diseño de la colección:*

*Julio Vivas*

*Ilustración de Ángel Jové*

*Primera edición: febrero 1988*

*Segunda edición: junio 1990*

*Tercera edición: octubre 2003*

© Yasushi Inoué, 1949

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1988

Pedro de la Creu, 58 08034

Barcelona

ISBN: 84-339-3122-9

Depósito Legal: B. 40965-2003

## LA ESCOPETA DE CAZA

UN día, se me ocurrió mandar al *Compañero del Cazador* (la modesta revista publicada por la Sociedad de Cazadores del Japón) un poema titulado *La escopeta de caza*.

Cabría deducir de ello un mayor o menor interés mío por la caza, pero lo cierto es que me educó una madre que aborrecía cualquier tipo de violencia y que jamás tuve en las manos ni una escopeta de aire comprimido. La explicación, de hecho, es harto sencilla: el director del *Compañero del Cazador* estudió conmigo en la escuela secundaria y, ya por capricho, ya, como supongo, por expresar con delicadeza su pesar por el modo de enfriarse nuestra amistad, me pidió que le mandase un poema. Al irme haciendo mayor, no puedo permanecer indiferente a las revistas especializadas y sigo garabateando poemas al albur de mi inspiración. No obstante, al ser ajeno el *Compañero del Cazador* a mis inquietudes, en cualquier otra circunstancia habría rechazado el ofrecimiento de su director. Pero la analogía que establecí entre una escopeta de caza y el aislamiento del ser humano acababa de inspirarme, de modo que resolví escribir un tema sobre el particular.

Una gélida noche de finales de noviembre, me quedé sentado ante mi escritorio hasta medianoche y escribí un poema en prosa a mi manera, y al día siguiente se lo mandé al director.

Como el poema guarda relación con la historia que voy a relatar, he decidido incluirlo aquí:

*Con su gruesa pipa de marino en la boca,*

*Un setter corriendo ante él en la hierba,*

*El hombre subía a grandes zancadas, a comienzos de aquel  
invierno,*

*Por el sendero del monte Amagi,*

*Y crujía la escarcha bajo sus suelas.*

*Llevaba en el cinto veinticinco cartuchos,*

*Un abrigo de cuero, marrón oscuro,*

*Una escopeta Churchill de doble cañón...*

*Pero ¿de dónde le venía esa indiferencia, pese a su arma  
de blanco y brillante metal,*



*Ante el hecho de arrebatarse la vida a las criaturas?*

*Fascinado por las anchas espaldas del cazador,*

*Yo miraba, miraba.*

*Desde aquel entonces,*

*En las estaciones de las grandes ciudades,*

*O de noche en los barrios alegres,*

*A veces sueño,*

*Me gustaría vivir su vida...*

*Apacible, serena, indiferente.*

*A ratos cambia la escena de caza.*

*No es ya el frío inicio del invierno en el monte Amagi,*

*Sino un seco lecho de torrente, pálido y desvaído.*

*Y la refulgente escopeta de caza,*

*Descansando grávida sobre el cuerpo solitario,*

*Sobre el alma solitaria de un hombre de mediana edad,*

*Irradia una extraña y adusta belleza,*

*Que jamás mostró,*

*Cuando apuntaba a una criatura.*

Cuando recibí el ejemplar de la revista, figuraba mi poema ocupando varias páginas. Pensé, por primera vez, bastante estúpidamente, que pese a su título sugerente no pintaba nada allí. Desentonaba claramente con «el código de la caza», «el espíritu deportivo», «el deporte, factor de salud», y todo lo demás, expresiones todas ellas que aparecían con frecuencia en las demás páginas. Además, el lugar que ocupaba parecía una zona aparte, distinta de los demás artículos, como un enclave ajeno al resto.

Lo que yo había dicho o deseado trasponer en el poema era el trasunto simbólico de una escopeta de caza, tal como asomara intuitivamente a mi mente, no tenía por tanto por qué avergonzarme de nada (muy al contrario, me sentía un tanto ufano), y de haber aparecido mi obra en otra revista, no habría habido problema. Pero aquella publicación pertenecía a la Sociedad de Cazadores del Japón, cuya meta era vulgarizar la práctica de la caza, considerada como un deporte de lo más sano y viril. En tal tipo de revista, la imagen que presentaba yo de la caza venía a ser una herejía y mi poema debía haber sido rechazado. Cuando cobré plena conciencia de ello, comprendí el apuro en que tenía que haberse visto mi amigo al leer el manuscrito, y calibré la estima de que había dado prueba hacia mí atreviéndose a imprimirlo, pese a las vacilaciones que le atenazarían. Bastante tiempo después, seguía embargándome un sentimiento de culpabilidad.

Durante algún tiempo, esperé recibir cartas de protesta de uno o dos miembros de la Sociedad de Cazadores, pero mi inquietud no era sino el producto de mi tremenda vanidad, pues transcurrieron largas semanas sin que me llegase una sola queja acerca de mi poema. Para bien o para mal, había merecido un silencioso desprecio por parte de los cazadores del Japón. O más exactamente aún, nadie lo había leído.

Pasaron unos tres meses, y había olvidado ya el asunto, cuando recibí una carta de un tal Josuke Misugi, que me era totalmente desconocido.

Hace siglos, comentando un historiador las inscripciones grabadas en el monumento de Taishan, declaró que se asemejaban a los claros rayos del sol tras los aguaceros del postrer otoño. Exagero un tanto, pero los caracteres trazados en el amplio sobre de papel blanco me produjeron análoga impresión. Ignoramos la primigenia belleza y el estilo de las inscripciones de Taishan, porque las piedras del monumento yacen en ruinas y ni tan sólo persiste un vaciado, pero cabe imaginarlas. Los caracteres trazados por Josuke Misugi, exageradamente grandes, parecían querer saltar del sobre; aparecían vigorosamente dibujados, con tanta suntuosidad como soltura. Pero, al tiempo que los contemplaba, emanaba de cada uno de ellos como una impresión de vacío, y me vinieron a la memoria las palabras del historiador acerca del monumento.

Misugi había mojado el pincel en tinta india, y sin duda al escribir sujetaba el sobre con la mano izquierda, pues me pareció que había despachado la operación con premura. Advertí que los trazos resultaban peregrinamente fríos e inexpresivos, totalmente distintos a los que reflejan la lucidez de una mente madura. Me invadió la sensación de que quien los ejecutara no había querido poner de relieve su destreza, ni manifestar ese rebuscamiento que llama habitualmente la atención de un experto en caligrafía.

Comoquiera que fuese, la carta estaba escrita con tal lujo y magnificencia que el vulgar buzón de mi casa se me antojó indigno de contenerla. En cuanto abrí el sobre, me di cuenta de que mi comunicante había utilizado una hoja de papel chino de más de seis pies y de que cada una de

las líneas de su misiva constaba tan sólo de cinco o seis gruesos caracteres, semejantes a los del sobre.

«Me interesa bastante la caza —escribía Misugi— y he tenido recientemente ocasión de leer su poema. Soy hombre carente de gusto y no siento la menor inclinación hacia la poesía. En honor a la verdad, era la primera vez que leía un poema. Perdóneme que le diga que desconocía su nombre. Pero he sufrido una conmoción como no la había experimentado hasta ahora.»

Por segunda vez releí aquel primer párrafo y sentí que se me encogía el corazón al tiempo que recordaba el poema que se había borrado de mi mente. Me imaginé que por fin surgía una protesta, una protesta cuyo autor era un cazador nada común. Pero, al proseguir mi lectura, comprobé que el contenido de la carta era muy distinto de lo que yo esperaba. Misugi escribía cosas en las que jamás había pensado. Con todo, los términos seguían siendo corteses y su tono comedido reflejaba cierta convicción, así como un despego comparable al que revelaba su letra.

«¿Qué diría usted si le confesase que el hombre de quien habla en su poema no es otro que yo? Sin duda habrá observado usted mi estampa más bien tosca, en el pueblo al pie de la montaña, cuando salía a cazar a las reservas del Amagi. Mi setter negro y blanco, especialmente adiestrado para levantar faisanes, y la Churchill, que me regalara en Londres mi maravilloso profesor, y hasta mi pipa favorita llamaron su atención. Todos esos pormenores me designan, sin duda alguna. Y el que mi talante, que dista mucho de cualquier espiritualidad, le haya proporcionado la inspiración necesaria para escribir un poema, me colma de un

sentimiento de orgullo y confusión. Hoy, por primera vez, admiro profundamente la perspicacia poco común de los poetas.»

Al llegar a ese punto de mi lectura, me esforcé en recordar al cazador con el que me cruzara cinco meses antes, cuando me paseaba por el angosto sendero sinuoso, entre los cedros, muy cerca, en efecto, del pueblecillo termal situado al pie del monte Amagi en la casi isla de Izu. Pero no descubrí nada sorprendente en mis recuerdos, salvo la confusa impresión de que aquel cazador visto de espaldas emanaba un insólito sentimiento de soledad. Por lo que respecta a los pormenores físicos, no me venían a la mente con suficiente precisión.

Además, no había observado al hombre con particular atención. Me había chocado simplemente el hecho de que el hombre que venía hacia mí en el aire helado de aquella mañana de invierno incipiente, con la escopeta al hombro y la pipa entre los dientes, contrariamente a los cazadores normales, ostentaba en toda su persona como un algo contemplativo. Después de cruzarnos, no pude menos de volverme a mirarlo, y lo vi abandonar el sendero, torcer camino de la montaña cubierta de arbustos y comenzar a ascender lentamente la empinada cuesta, esforzándose en equilibrar su peso a cada paso, como si temiera resbalar. Fue en aquel instante, al observar aquella silueta que se alejaba, cuando me embargó, como dejé escrito más tarde, una sensación de aislamiento. Mis conocimientos eran suficientes para reconocer, en el perro, a un magnífico setter; ignoraba, en cambio, el nombre de la escopeta, dado que nunca había manifestado interés por la caza. Únicamente supe de la existencia de la escopeta Richard y de la Churchill (consideradas las mejores de Inglaterra), la noche en

que decidí escribir el poema, y me tomé la libertad de dotar a mi héroe de una Churchill. Sólo el azar quiso que Misugi poseyese en efecto una escopeta de ese tipo. Y por ese mismo motivo, el auténtico Josuke Misugi, pese a su semejanza con mi cazador, y con ser la fuente de mi inspiración, seguía siendo para mí un desconocido.

Proseguía la carta en estos términos: «Con razón dudará usted del equilibrio mental de un hombre que salta de pronto de un tema a otro. Tengo aquí tres cartas que me fueron dirigidas. Tenía intención de quemarlas, pero, tras leer su excelente poema, me he creído obligado a dárselas a conocer. No me perdonaría el turbar su sosiego, sin embargo se las mando por separado. Me gustaría que las leyese usted con entera tranquilidad. Únicamente le pido que las lea. Es cuanto deseo. Quisiera que supiese que el "seco lecho de pálido torrente" es el que yo contemplé. Creo que es gran locura en un hombre el querer que otro le comprenda. Jamás había experimentado tal sentimiento hasta ahora, pero, al tener conocimiento de que se interesa usted por mi caso, he decidido no ocultarle nada. Espero que tras leerlas, tenga usted la bondad de quemar estas tres cartas. Nuestro encuentro en el Izu se produjo al poco de recibirlas. Tiempo hace ya que me interesa la caza, pero, mientras que actualmente me he convertido en un ser solitario, hace unos años, cuando inspiraba el respeto de todos tanto en mis actividades sociales como en mi vida privada, el echarme una escopeta al hombro suponía para mí una obligación. Permítame que acabe con este importante extremo.»